

salsas bufonadas, las quales no eran menos sensibles que la dura necesidad de sufrirlas. Después de mil impertinentes truhanadas echó mano de las botellas que habíamos puesto á refrescar, y las agotó todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por mofa é irrisión.

Durante este enfadoso rato, mis camaradas mostraban un exterior que hacía muy visible lo que interiormente pasaba por ellos. Se les hacía tanto mas doloroso el cautiverio quanto mas alegre era la idea con que se habían lisonjeado de pasar buena vida en Mallorca. Por lo que á mí toca tuve valor para tomar desde luego mi partido. Méenos consternado que los otros trabé conversacion con nuestro capitán mofador. Ayudéle yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dixo, me gusta tu buen humor y tu genio. Si bien se considera, en vez de gemir y suspirar es mejor armarse de paciencia, y acomodarse con el tiempo. Tócanos un buen son añadió viendo que tenia junto á mí una guitarra: quiero ver hasta donde llega tu habilidad. Mandó que me desatasen los brazos: y al punto comencé á tocar, regalándoles con un fandango, que celebraron con grande aplauso, no haciendo menos honor á mi voz que á mi guitarra. Habíame enseñado á tocarla el mejor maestro de Madrid, y con efecto no manejo mal este instrumento. Todos los Turcos que estaban en el navio mostraron con gestos

y

y ademanes de admiracion el gusto con que me oían, por lo que conocí que en punto de música no le tenían muy delicado. El pirata se arrimó á mí, y me dixo al oido que sería un esclavo afortunado, y que podía estar seguro de que mis talentos me harian muy llevadera la esclavitud.

CAPITULO III.

Va adelante la misma historia.

Algo me consolaron estas palabras. Sin embargo no dexaba de inquietarme un poco el pensamiento sobre el empleo que me tocaría, y que el pirata me habia pronosticado en general y en confuso. Quando nos acercamos al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habian acudido á la playa á recibirnos. Luego que saltamos en tierra hicieron resonar el ayre con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos el confuso rumor de las trompetas, flautas moriscas, y otros instrumentos de que se sirve aquella gente, y forman un estruendo desentonado, mas que un apacible sonido. Era la causa de aquella extraordinaria algazara una falsa voz que se habia esparcido en la ciudad. Habia corrido por ella que el renegado Mahometo habia muerto combatiendo con un grueso

na-

navio Ginoves; y todos sus amigos informados de su feliz retorno acudieron al puerto para dar testimonio de su alegría.

Quando hubimos desembarcado fuí conducido con mis compañeros al palacio del Bey Soliman, donde un escribano christiano nos examinó en particular, preguntándonos nuestros nombres, edad, patria, religion y talentos. Entónces Mahometo, tomándome por la mano y mostrándome al Bey, comenzó á ponderarle mi voz y mi habilidad en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para decir que me queria en su servicio, y desde aquel punto me quedé en su Serrallo. Los demas cautivos fueron llevados á la plaza mayor, y puestos allí en pública venta, segun costumbre. Cumplióse lo que Mahometo me habia pronosticado en el navio. Verdaderamente que fuí muy afortunado. No me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas. Mandó Soliman que me agregasen en cierto sitio particular á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes se les empleaba en fatigas muy ligeras. A mí solo se me encomendó que regase en los jardines las flores y los naranjos, empleo que en vez de llegar á ser fatiga podia llamarse diversion.

Era Soliman un hombre de quarenta años, bien hecho, muy atento, y aun galan para Moro. Era su favorita una Georgiana, que por su espíritu y su hermosura se habia hecho dueña

ña absoluta de él. Idolatraba en ella, y no se pasaba día en que no la regalase con algun festejo ya de música, tanto de voces como de instrumentos, ya tambien de comedias á la Turca, es decir, unos dramas en los quales no se tenia mas respeto al pudor que á las reglas de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farruchnaz, era apasionadísima á estos espectáculos. Algunas veces hacia que sus damas fuesen las actrices de varias piezas Arabes en presencia del Bey. Tal vez aun ella misma representaba tambien algun papel, y lo hacia con tanta viveza y con tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un día en que asistia yo á estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo así, y tuve la fortuna de dar gusto. Aplaudiéronme mucho todos, y la favorita (á lo que me pareció) me miró con ojos favorables y benignos.

El día siguiente muy de mañana mientras estaba yo regando los naranjos, pasó junto á mí un Eunuco, el qual sin detenerse ni hablar palabra, dexó caer á mis pies un billete, y siguió su camino. Cogí apresuradamente el papel con una especie de turbacion neutral entre el temor y la alegría. Tendíme á la larga en el suelo detras de los naranjos, por no ser visto de las ventanas del Serrallo. Abríle con mano trémula, hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritos en buen castellano estos pocos renglones: *Jóven christiano, dá mil gracias*

al cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna te van á hacer feliz: el amor si correspon-des á una persona que no es fea, y que te es-tima; la fortuna si tienes valor para despreciar todo género de peligros.

No dudé ni un solo momento que el bille-te fuese de la Sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadian. Además de que nunca fuí cobarde, la vanidad de verme favorecido, y aun solicitado por una dama que era el ído-lo de un Príncipe, y Príncipe Moro, y la es-peranza de que su favor me facilitaria mucho mas dinero del que era menester para mi res-cate, me hicieron resolver á entrar en esta nue-va aventura á costa de qualquier peligro. Pro-seguí, pues, en mi trabajo, pensando siempre en el modo que podia tener para introducirme en el quarto de Farruchnaz, ó por mejor de-cir en los arbitrios que ella discurría para abrir-me este camino; pareciéndome, y no mal, que no se contentaría con lo hecho, y que ella mis-ma se adelantaría á librarme de este cuidado. Con efecto así sucedió, y no me engañó mi pensamiento. Una hora despues volvió á pasar junto á mí el mismo Eunuco que habia pasado antes, y sin pararse me dixo: ¿Christiano, has hecho tus reflexiões? ¿Tendrás valor para se-guirme? Respondíle que sí; y él, prosiguiendo siempre andando, añadió: *el Cielo te guarde: mañana por la mañana me volverás á ver*, y diciendo esto se retiró. Efectivamente al dia si-guiente, á cosa de las ocho se dexó ver, y me

hizo señal que me llegase á él. Obedecí, y me conduxo á una sala donde habia una gran pieza de lienzo pintado, que acababa de traer otro Eunuco, para presentarla á la Sultana, y debia servir de decoracion en el teatro para una co-media Arabe, que ella tenia prevenida para di-
version del Bey.

Desarrollaron sin perder tiempo los Eunu-cos la tal pieza, hiciéronme tender á la larga en medio de ella, y la arrollaron de nuevo, volviéndome y revolviéndome dentro de la mis-ma con peligro de sufocarme. Cargaronla sobre sus hombros, uno de una punta y otro de otra, y de esta manera me introduxeron impunemen-te en el quarto de la bella Georgiana. Estaba sola con una esclava vieja, enteramente entre-gada á darla gusto. Desarrollaron la tela, y Farruchnaz luego que me vió, prorumpió en ciertos ademanes de alegría, que manifestaba bien el caracter de las mugeres de su pais. En medio de mi natural intrepidéz confieso, que quando me ví de repente trasportado en el quar-to secreto de las mugeres, sentí cierto terror. Co-nociólo muy bien la favorita, y me dixo: no temas Christiano, porque Soliman acaba de par-tir para su casa de campo donde se detendrá todo el dia, y nosotros nos divertiremos aquí libremente.

Consoláronme estas palabras, y en virtud de ellas me revestí de un espíritu y seguridad que redobló el gusto de mi patrona. Esclavo, me dixo, tu persona me ha agradado, y quie-

ro hacerte mas dulce el rigor de la esclavitud. Téngote por muy digno del concepto que me debes. Aunque te veo en trage de esclavo descubro en todas tus modales un no sé que de noble y de generoso, que me obliga á creer no eres persona baxa ni del comun. Expílicate, háblame con toda confianza, y díme quien eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que sea menos costoso su rescate. Pero conmigo debes dispensarte de esta política, me ofendería mucho semejante precaucion, puesto que desde luego corre de mi cuenta el ponerte en libertad. Fíate de mí, sé sincero, y confíesame que naciste en mas que vulgares pañales. Con efecto, señora (la respondí) correspondería villanamente á vuestra generosa bondad si usára con vos de artificio ó disimulo. Vos quereis absolutamente que os descubra quien soy. Voy á obedeceros ciegamente. Soy hijo de un Grande de España (quizá decia en esto la verdad). Por lo ménos la Sultana asi lo creyó, y dándose á sí misma el parabien por haber puesto sus ojos en un hombre de importancia, me aseguró que haría todo lo posible para que los dos nos viésemos con frecuencia. Tuvimos larga conversacion. En mi vida traté muger de mayor talento, ni de mas atractivo. Sabía muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba mas que medianamente. Quando la pareció que era tiempo de separarnos, me hizo acomodar en un gran ceston de juncos finos, cubierto con un rico repostero de brocado,

do, recamado de oro por su misma mano con flores delicadísimas, y llamando á los mismos Eunicos que me habian introducido, les entregó aquella carga, como un regalo que ella enviaba al Bey; sobrescrito tan sagrado entre los que hacen la guardia al quarto de las mugeres, que ninguno tiene osadía ni facultad para mirarlo.

Hallamos Farruchnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos; y la amable Sultana poco á poco me fue inspirando tanto amor por ella, como ella sentia por mí. Dos meses se conservaron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un Serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos argos. Pero un contratiempo desconcertó nuestros pequeños negocios, y mudó enteramente de semblante mi fortuna. Un dia en que fuí introducido en el quarto de la Sultana dentro de cierto dragon artificial que se habia fabricado para no sé qué espectáculo, quando estaba yo hablando con ella muy descuidado, persuadido á que Soliman se hallaba en el campo, entró éste en el quarto de la favorita tan repentinamente, que la vieja esclava no tuvo tiempo para avisarnos. Yo tuve mucho menos lugar para ocultarme, y asi fue mi persona el primer objeto que se ofreció á los ojos del Bey.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la cólera á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, centelleando llamas de indignacion y furor. Con-

sideréme entonces como un hombre que estaba ya tocando el último instante de su vida, y me imaginaba en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farruchnaz conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito, y pedir perdon de él, dixo á Soliman: Señor, suplicoos que no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan, y me representan infiel y traidora á vos, por consiguiente digna de los mas horrorosos castigos. Yo misma hice venir á mi quarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera perdidamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas exterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido infiel. Quise hablar con este esclavo Christiano para ver si podía lograr persuadirle á que se desprendiese de su secta, y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba, mas al fin conseguí desvanecer sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que abrazará el Mahometismo.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida, y la de una dama á quien amaba, quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra, y persuadido
el

el Bey por mi silencio á que era verdad quanto habia dicho la Sultana, se dexó desarmar. Dama, dixo, quiero creer que no me has ofendido, y que el zelo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta te empeñó en dar un paso tan delicado. Excusaré tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un Morábito. Vistiéronme á la Turca, y yo les dexé hacer quanto quisieron sin la menor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias.

Concluida la ceremonia, salí del Serrallo con el nombre de Sidi Ali á tomar posesion de un empleo de poca monta á que el Bey me destinó. No volví á ver á la Sultana, pero uno de sus Eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una cantidad de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos*, juntamente un billete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho Mahometano por salvarla la vida. Con efecto ademas de los regalos que habia recibido de la bella Farruchnaz, conseguí por su mediacion otro empleo mas considerable que el primero; de manera que en menos de siete años me hallé el renegado mas rico que habia en todo Argel.

Ya habrán conocido Vmds. que si yo concurría á las oraciones que hacian los Musulmanes en sus Mezquitas, y practicaba las otras ce-
re-

remonias de su Religion, era todo una pura ficcion, y mera exterioridad. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el seno de la Iglesia, para cuyo fin pensaba retirarme algun dia á España ó á Italia con las grandes riquezas que habia amontonado. Miéntras tanto vivia alegremente. Estaba alojado en una bella casa. Tenia jardines soberbios, multitud de esclavos, y un Serrallo bien abastecido de caras bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquellas partes, sin embargo pocos Moros dexan de beberle con los ojos bajos y en secreto natural. Yo por lo menos le bebia sin escrúpulo, ni mas ni menos como lo hacian los otros renegados.

Acuérdome que me acompañaban ordinariamente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes pasaba muchas veces toda la noche con las botéllas sobre la mesa. Uno era judío y otro árabe. Teníalos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin sujecion y con toda libertad. Convidélos una noche á cenar conmigo. Habíaseme muerto aquel dia un perro que yo queria mucho. Lavamos su cadaver, y le enterramos con todas las ceremonias que usan los Musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la Religion de Mahoma, sino puramente por divertirnos y por satisfacer la gana que entre dos vinos me dió de celebrar las exéquias de mi amado animalillo.

Sin embargo, faltó poco para que esta in-
con-

considerada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente me hallé en casa con un hombre que me dixo: Señor Sidy Hali, vengo á Vmd. por cierta cosa de importancia. El señor Cady tiene necesidad de hablarle. Sírvase tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente. Decidme, os suplico (le pregunté) qué pueda ser lo que me quiere. El mismo os lo dirá (respondió el Moro). Todo lo que puedo deciros es, que un mercader que ayer cenó con Vmd. le ha dado parte de no sé que impía ó irreligiosa accion que se executó en vuestra casa con ocasion de enterrar á cierto perro. Yo os intimo judicialmente, que comparezcáis hoy mismo ante el Juez, con apercibimiento de que no haciéndolo así, se procederá criminalmente contra vuestra resistencia. Dixo, y sin esperar á que le respondiese, me volvió las espaldas, dexándome aturdido con su intimacion ó apercibimiento. No tenia el Arabe el mas mínimo motivo para estar quexoso de mí, ni yo podia comprehender por qué me habia jugado una pieza tan ruin y traidora. Sin embargo, la cosa era muy digna de consideracion. Yo tenia bien conocido al Cady, hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso, y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos *sultánicos de oro*, y fuí derecho á presentarme. Hízome entrar en su gabinete, y luego que me vió me dixo en tono colérico y furioso. Sois un impío, un sacrilego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro, como

si fuera un Musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis Mahometano únicamente para poner en ridículo las prácticas mas sagradas del Alcorán? Señor Cady, le respondí con sumision, pero sin abatimiento, el Arabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel traidor amigo fue cómplice de mi delito, si por tal se debe reputar haber practicado los honores de la sepultura con un doméstico fiel, con un inocente animal que poseia mil bellas qualidades. Amaba tanto las personas de mérito y de distincion, que hasta en su muerte quiso dexarlas testimonios irrefragables de su estimacion y de su amor. En su testamento, del qual me nombró por único albacea, los declaró herederos de sus bienes, legando á unos veinte escudos, á otros treinta, &c. Esto es tanta verdad, que tampoco se olvidó de vos, pues me dexó muy encargado que os entregase los doscientos sultanos de oro que hallaréis en este bolsillo; y diciendo esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el Cady toda su gravedad quando me oyó este discurso, y sin poder contener la risa, me despidió diciendo: Id en paz, Sidy Hali, hicisteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los hombres de mérito.

CAPITULO IV.

Suénase los mocos Don Rafael, limpiase, gargagéa, y va adelante con su relacion.

Sali de aquel pantano con este medio, y si el lance no me hizo mas sabio, á lo menos me hizo mas circunspecto. No volví á tratar con el Arabe ni con el Judío, y escogí para mi camarada de botellas á un Gentilhombre de Liorna, que era esclavo mio. Llamábase Azarini. No era yo como aquellos Renegados que tratan á los cautivos Christianos peor que los mismos Turcos. Los míos no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar al servicio de otro amo, que el deseo de conseguir su libertad, sin embargo de ser ésta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en esclavitud.

Volvieron un día los jabeques del Bey cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexó, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fuí á la plaza donde ésta se celebraba, y com-